

Buenaventura sigue caminando sobre estructuras rotas

Serie de Diarios de Campo

Por Lina Figueroa, Ana María Cifuentes, Juan Camilo Sánchez, Natalia Garzón, Gaia Pagano y Mauricio Bueno



Nos tomó media hora más llegar al centro de la ciudad. Y esa media hora no nos dijo todavía lo que Buenaventura nos iba a mostrar. Llegamos a la comuna 3 sobre las tres de la tarde, a la Casa Social del barrio Lleras. Queda en una de las zonas más golpeadas por el sismo; es una casa de dos pisos pintada de colores, con murales hechos a la medida de lo que Buenaventura quiere contar de sí misma: arte, talento, memoria y orgullo del territorio.

Adentro, la primera imagen fue una fila. Esa casa, al igual que muchos otros lugares dedicados al trabajo comunitario, se había convertido en un centro de acopio. Gente esperando ayuda humanitaria, chalecos de varias ONG moviéndose entre ellos, buscando todos al mismo tiempo hablar con la misma persona: Adriel.

Adriel es uno de los líderes más reconocidos de Buenaventura, por su trabajo de memoria y de defensa del territorio. Nos recibió con una gran sonrisa, un abrazo. Nos hizo un recorrido por la Casa Social.

En una de las salas principales nos detuvimos frente a los murales que cuentan el desplazamiento que las zonas rurales de Buenaventura han sufrido desde hace más de tres décadas, a manos de distintos actores armados. Ese desplazamiento es, en buena parte, el origen de lo que hoy conocemos como el Distrito de Buenaventura en su zona urbana. De acuerdo con el informe del Centro Nacional de Memoria Histórica “Buenaventura, un puerto sin comunidad” (2015), en la ciudad coinciden varias formas de desplazamiento: el puerto es tanto expulsor como receptor de víctimas, además de existir un desplazamiento intramunicipal, donde las personas abandonan la zona rural, temporal o permanentemente, para desplazarse a la zona urbana. Según el Registro Único de Víctimas, hasta agosto del 2026 ha habido 358.122 víctimas de desplazamiento forzado en Buenaventura, buena parte de ellas derivadas de ese movimiento de zona rural a urbana.

Adriel, se despidió con el mismo abrazo con el que nos recibió y nos dejó con Ángela, trabajadora social vinculada a la casa desde hace mucho tiempo. Por esas coincidencias que a veces tiene el trabajo de campo, ella también es participante de uno de los procesos formativos que desarrolla el Instituto este año.

Ángela nos llevó al salón de la memoria. Ahí reposan las fotografías de algunas de las 641 personas desaparecidas hace más de tres décadas y que aún no aparecen (Registro Único de Víctimas, 2026). Nos contó que ese espacio es muy importante para muchas familias que lo visitan con frecuencia —es el único lugar donde pueden saludar a ese ser querido que se fue sin siquiera un adiós. Nos narró la historia de Juana, que vive en zona rural y perdió a tres de sus hijos, que a la fecha aún no aparecen; Juana, cada vez que viene a la zona urbana de Buenaventura, siempre sin falta, llega a la Casa Social con un único propósito: visitar a sus hijos desaparecidos.



Foto: Capilla de la memoria - Casa Social Cultural y Memoria

Al alejarnos de la casa y verla en la distancia, erguida como una pausa de colores y formas en medio del movimiento constante de las personas, resonaron las palabras de Adriel en una de sus conversaciones. Con su voz tranquila y segura nos afirmaba la importancia de que la gente se apropiara de los espacios, porque, sin apropiación, las casas eran vacías, bonitas, sí, pero vacías. Y soltaba al final, con firmeza, una reflexión casi palpable en las calles que recorríamos al salir del barrio Lleras: las casas solo serían casas de la memoria en la medida en que tuvieran la capacidad de levantar una sociedad.

Esa era, precisamente, la sensación que dejaban aquellas paredes y aquellos espacios habitados por los rostros de los desaparecidos que ha dejado la violencia. Sus palabras se convertían casi en una metáfora de Buenaventura: un lugar poblado de historias y de memoria, en la medida en que las personas puedan caminar sus calles y habitar sus espacios sin miedo.

Como aquella casa de colores en medio del barrio Lleras, que se repite en cada barrio y en cada lugar, atravesando el pavimento y contandonos la historia de una Buenaventura que se resiste al olvido.

Terminamos la tarde en uno de los hoteles más lujosos de Buenaventura. El contraste era, una vez más, una forma de esa estructura que veníamos rastreando desde la mañana: la misma ciudad, dos mundos a menos de media hora de distancia. Nos esperaban

personas del sector empresarial, comercial y algunos profesores, que nos contaron su experiencia y los esfuerzos que vienen haciendo los distintos sectores para hacerle frente a la crisis en el puerto.

Desde el piso 14 de ese hotel, la ciudad se siente diferente, distante, lejana, pequeña, de nuevo, la ciudad que se vive desde abajo no es necesariamente la ciudad que se ve desde arriba, a veces devorada por grandes infraestructuras que nos repiten la paradoja de un distrito que le aporta al país más del 44% del volumen de carga al comercio exterior, pero que paralelamente tiene unas heridas bastante profundas.



Foto: Buenaventura desde el piso 14

Hasta ese momento, el censo por afectación por el terremoto iba en el 80%. El balance: 31.383 personas damnificadas, 14.087 familias afectadas, 3.674 viviendas no habitables, 1.245 viviendas destruidas, 5 centros de salud afectados, 28 personas fallecidas y 476 personas heridas (Alcaldía Distrital de Buenaventura, 2026). Nos explicaron que el levantamiento de la información se estaba haciendo manualmente, a través de la Asociación de Juntas de Acción Comunal, en un esfuerzo conjunto entre la comunidad y la institucionalidad local. Ante la magnitud de la emergencia, la Gobernación llegó a reforzar ese trabajo, en un ejercicio de articulación que la propia crisis hizo urgente. Un dato que insistieron en repetir: las afectaciones deben registrarse por predio y no por familia. En muchas zonas, un mismo predio aparecía contado dos y hasta tres veces.

Uno de los docentes habló de las instituciones sin infraestructura, y de los grupos armados que acechan a los jóvenes, la población más vulnerable, justo donde el Estado no llega. El balance del sector educativo no era esperanzador: de las 119 sedes de instituciones educativas, 6 colapsaron y hay 5 con riesgo inminente. No hacía falta que lo dijera con todas las palabras: el miedo se le notaba en el cuerpo. Hacía todo lo que estaba bajo su control, pero las condiciones estructurales lo superaban. Los grupos armados son solo una parte del problema. También está el camino de la prostitución y otros tantos que se abren ante jóvenes vulnerables, en un territorio donde las oportunidades escasean.

Del espacio nos quedamos con una pregunta incómoda: ¿qué puede aportar la universidad frente a tanta falta de infraestructura, de capacidad técnica, de oportunidades para los jóvenes?

DIARIO DE CAMPO, JUEVES 27 DE AGOSTO DE 2026

La jornada era larga. Al otro día, durante el desayuno, entre el equipo surgieron varias preguntas sobre la información que estábamos recogiendo: ¿cómo procesarla?, ¿cómo lograr que sirviera para algo distinto de lo que todos venían planteando?

Ese mismo día esperábamos a Hanner, líder de una fundación dedicada al fortalecimiento de procesos sociales, comunitarios y culturales de las comunidades negras de Colombia, alguien con un conocimiento poco común y de primera mano del territorio. Nos compartió su lectura de lo que estaba pasando. Muchos de sus datos se parecían a los que ya nos habían dado el primer día. Agregó que construyó una propuesta y la había presentado al despacho de la Alcaldía, pero que no recibió la atención que merecía. Había tocado puertas, dijo, pero eso de la “articulación” terminaba siendo algo lejano a la realidad.

Nos contó que las casas más afectadas están en la zona de bajamar, en los barrios más golpeados por el sismo: Lleras, Pampa Linda, Palo Seco, San Francisco y algunos sectores de la zona continental en la comuna 12. Esa misma zona atraviesa, además, una crisis humanitaria de décadas —un peso que exacerba todo lo demás. Según la información consignada en el Registro Único de Víctimas, a la fecha Buenaventura ha tenido 1.334 víctimas de atentados, 27.038 víctimas de amenaza, 13.748 homicidios y 11.523 instancias de confinamiento. Así mismo, la Defensoría del Pueblo ha registrado, desde 2018, 15 alertas tempranas que advierten sobre riesgos contra líderes y defensores de derechos humanos, la presencia de grupos armados ilegales, entre otras afectaciones humanitarias.

El equipo se dividió para poder hacer las visitas necesarias y hablar con la mayor cantidad de personas posible. Fuimos a hablar con Marcela, quien representa a uno de los actores del sector privado con mayor presencia en el puerto. Tenía una agenda apretada y aun así encontró media hora para nosotros. Nos atendió en un auditorio que, por los daños del terremoto, también funciona ahora como centro de acopio y oficinas. Había grandes cajas con insumos de primera necesidad, listas para ser entregadas en zonas que ya habían identificado.

Nos contó que, desde el sector privado, ya habían comprometido una jornada masiva de apoyo psicosocial, con cerca de 150 psicólogos y psiquiatras. También nos mencionó que estaban apoyando a los empleados afectados y a sus familias que habían perdido sus viviendas, y que estaban explorando alianzas con el sector público y con otras empresas para ampliar ese esfuerzo.

Marcela repitió buena parte de lo que ya habíamos escuchado, pero con una mirada distinta. Dijo que nadie —ni siquiera ellos— había logrado dimensionar todavía el verdadero problema de Buenaventura. Todos estaban enfocados en lo inmediato, mientras que lo que había ocurrido en poco menos de dos minutos iba a marcar la vida de miles de bonaverenses durante mucho tiempo, y en distintos niveles.

Habló también de una disyuntiva que atraviesa tanto a la institucionalidad como a quienes quieren hacer algo por Buenaventura: las zonas más afectadas son, en su mayoría, zonas no formalizadas. Zonas que, ante un próximo sismo, sufrirían el mismo impacto o uno peor. Pero hay algo de lo que pocos hablan, dijo Marcela: se trata de personas cuya vida entera está ligada al mar, no solo económicamente; crecieron junto al mar, acostumbradas a su aroma pesado y a organizar su vida alrededor de su oleaje; reubicarlas no es solo un problema técnico. Marcela se despidió agradeciendo la visita y la intención de hacer algo por Buenaventura frente a una situación tan compleja.

El jueves en la mañana pudimos visitar el Centro de Perdón y Reconciliación que, al igual que tantos otros espacios era ahora centro de acopio, gracias a las hermanas de una congregación que estimamos por su convicción y por trabajar alrededor de la misión de Jesús en contextos como estos. Donde antes realizábamos talleres de liderazgo para varias organizaciones del territorio, ahora estaba lleno de arroz, sal, pasta, enlatados, papel higiénico, elementos de aseo y pañales. Ese día recibían otro camión desde Cali, por lo que ya temprano habían llegado voluntarios a organizar y hacer espacio para las nuevas ayudas. Mientras esperaban el camión, un grupo de jóvenes empezó a entonar colectivamente una canción. Empezó un joven, luego lo siguió el resto. De nuevo, los espacios llenos y vivos, para que no sean casas, calles o ciudades vacías.

Escucha el canto de los jóvenes



En el piso de arriba nos esperaba una líder cultural del territorio que, como es costumbre en el puerto, nos recibió con una sonrisa y un “¿cómo los trata mi Buenaventura?”. Los otros líderes fueron llegando y aunque no eran todos del mismo grupo, sí se conocían de otros espacios —esa es siempre la dinámica del liderazgo social: compartir espacios, encuentros fortuitos, cruzarse en el esfuerzo de sacar el territorio adelante. Después de un saludo y un café, iniciamos la conversación.

Una frase que aún nos resuena en la cabeza es “Todos hemos sido afectados por el sismo”, dicha por una líder que se ha puesto a la tarea de caracterizar, junto con otros arquitectos, cien casas para iniciar su reconstrucción. Lo dijo como respuesta al impulso técnico de querer reconocer en el mapa las zonas más afectadas. Su respuesta hizo explícito algo que ya nos habían querido decir: el sismo exacerbó las múltiples problemáticas que ya existían en Buenaventura, y por eso todo el distrito había sido afectado; nos quería decir que, aunque haya 151 casas colapsadas en el corregimiento de Bajo Calima y otras tantas en los barrios cercanos a bajamar, todos los bonaverenses sufrían por la falta de agua potable, la deficiencia del servicio de energía y las dificultades para acceder a la atención en salud.

A lo largo de la reunión, los líderes y lideresas comentaron que las ayudas iniciales habían sido de la comunidad. Mencionaron, además, que al ser espontánea, la ayuda había sido dispersa, desarticulada, y que muchos territorios seguían aún sin atender, sobre todo en el sector rural, donde es difícil llegar, pues implica transporte fluvial que puede llegar a ser costoso. Muchos de los participantes tenían experiencia en ayuda humanitaria; como ya mencionamos, Buenaventura no ha sido ajena a las dificultades, pero en esta oportunidad mencionaron un nuevo ayudante inesperado: las nuevas tecnologías, encabezadas por herramientas de inteligencia artificial, que facilitaron una suerte de “explosión de flyers” —piezas gráficas que permitieron circular información de manera ágil y dar voz a quienes habían sido afectados, pero no habían recibido ayuda.

El jueves en la tarde, parte del equipo tuvimos una visita con profesores de una de las universidades más importantes del departamento y con el rector de un colegio afectado de la zona. La conversación confirmó mucho de lo que veníamos escuchando en cada visita: uno de los profesores propuso que, como universidades, debíamos dejar de ser “simples observadores y analistas de la realidad” para convertirnos en “actores activos en la estabilización socioeconómica y la reconstrucción”. Conocimos de cerca los daños de la institución y, una vez más, los datos coincidían con los de los días anteriores.

DIARIO DE CAMPO, VIERNES 27 DE AGOSTO DE 2026

Con tantos datos ya en la cabeza, como equipo intentábamos ir organizando todo lo necesario para que, al final, sirviera para algo más que un registro. De todas esas visitas, esos lugares recorridos, esas horas de conversaciones e historias contadas en apenas tres días, nos quedamos pensando en tres cosas.

En cada dato, historia y anécdota, los actores armados tenían una participación importante. Como equipo lo relacionamos con las formas en que opera la gobernanza criminal en Buenaventura, desde la entrega y dispersión de ayudas humanitarias hasta los esfuerzos por reconstruir las casas destruidas. Esta realidad va a tener un impacto significativo a largo plazo a la hora de sentar a los diferentes actores en el esfuerzo de la reconstrucción, pero sobre todo resalta la vulnerabilidad de las personas damnificadas por el terremoto, que no solo están expuestas a los caprichos de la naturaleza, sino a los de los grupos armados.

Desde otra perspectiva, es evidente que las consecuencias del terremoto en Buenaventura mostraron las diferentes problemáticas de orden estructural que ya se conocían del Distrito. Aunque deja en condiciones mucho más desfavorables a buena parte de la población afectada, también es una oportunidad para impulsar transformaciones de largo aliento. Este es además el espíritu con el que muchos líderes sociales y comunitarios abordaron la conversación: es un momento duro para las personas, pero Buenaventura y su gente son resilientes y no son ajenos a las dificultades, lo que ha forjado un impulso colectivo digno de admirar.

Esto se entiende porque el trabajo comunitario fue el primero en evidenciar su accionar ante la crisis, y será la columna vertebral de la reconstrucción en Buenaventura. El trabajo coordinado desde diferentes frentes, el interés de tantos por dedicar su vida por y para Buenaventura sin mayor retribución, fue uno de esos regocijos que nos llevamos de nuestra visita.

Pero esa admiración no nos exime de la pregunta que uno de los profesores que visitamos nos dejó sobre la mesa: dejar de ser “simples observadores y analistas de la realidad” para convertirnos en “actores activos en la estabilización socioeconómica y la reconstrucción”. Esa invitación no es solo para las universidades del territorio — también es para nosotros.

Volvimos a Cali con más preguntas que respuestas, pero con una certeza: lo que el sismo dejó al descubierto no son solo las estructuras que se cayeron el 10 de agosto, sino las que llevaban más de tres décadas rotas y que casi nadie miraba de frente. Atender solo las primeras sería quedarnos, otra vez, en la superficie. El compromiso

que nos llevamos del puerto es que, desde el conocimiento y las capacidades que tenemos como Instituto, no podemos ponernos al servicio únicamente de la emergencia de hoy, sino de esas estructuras de siempre que la hicieron posible.

Y hoy, rememorando esta visita para poder convertirla en palabra escrita, recordamos una vez más una frase de Adriel: Eso es Buenaventura, un territorio de vida.

Referencias

Centro Nacional de Memoria Histórica. (2015). *Buenaventura: un puerto sin comunidad*. Bogotá, CNMH.

Unidad de Víctimas. (2026). *Datos Para la paz*. Registro único de Víctimas. Consultado el 14/09/2026. <https://datospaz.unidadvictimas.gov.co/registro-unico-de-victimas/>

Alcaldía Distrital de Buenaventura. (26 de agosto, 2026). *Boletín preliminar de afectaciones en Buenaventura*. <https://www.instagram.com/p/Dcg8Wm9PcPK/?stkn=ZzF5YnVuaGpmNDFr>

Defensoría del Pueblo. (SF). *Delegada para Prevención de riesgos y Sistema de Alertas Tempranas*. <https://www.defensoria.gov.co/alertas-tempranas>

